

alligati sunt in flumine magno Euphrate v. 14) (1). Y entonces fueron desatados los cuatro Angeles malos (pues que no se ala sino a los Angeles rebeldes), que estaban ya preparados para la hora, el día, mes y año en que debían dar muerte á la tercera parte de los hombres, á quienes sorprendieron, porque nadie pensaba en ellos. Su caballería (que significa la celeridad de sus movimientos) era tan numerosa, que el Profeta la hace subir á veinte millones de hombres; los ginetes vestían corazas de fuego, de jacinto y de azufre; las cabezas de los caballos parecíanse á las de los leones, lo que figura su bravura y su malignidad; y arrojaban de su boca fuego, humo y azufre (*Et soluti sunt quatuor Angeli, qui parati erant in horam, et diem, et mensem, et annum, ut occiderent tertiam partem hominum, v. 15. Et numerus equorum ezercentis vicies milles dena millia. Et audivi numerum eorum v. 16. Et ita vidi equos in tione, et qui sedebant super eos, habebant loricas igneas, et hyacinthinas et sulphureas, et capita eorum erant tanquam capita leonum, et de ore eorum procedit ignis et fumus et sulphur, v. 17*).

Esas tres plazas, el fuego, el humo y el azufre, que salían de la boca de los caballos, porque en esto consistía toda su fuerza; sus blasfemias y sus abominaciones malaron á la tercera parte de los hombres, puesto que en detestables complots, es donde se tramaban las grandes matanzas (*Et ob his tribus plagis occisa est tertia pars hominum de igne, de fumo et sulphure, qui procedebat de ore ipsorum v. 18. Potestas enim eorum in ore eorum, v. 19*).

Aquellos caballos tenían también sus colas muy parecidas á las de aquellas serpientes, que engañan á los hombres y extravían los pueblos; prestaban su concurso á los ginetes para dñar á los hombres cul-

(1) Tercé, pues, el sexto Angel la trompeta; y él una voz que salía de los cuatro ángulos del Altar de oro, que está colocado ante los ojos del Señor, la cual decía al sexto Angel, que tenía la trompeta: Desista á los cuatro Angeles del Abismo, que están ligados en el grande río Eufrates.

Dice Holzauser, que este sexto Angel es Luzifer, y en otra parte el exterminador (tom. I, páginas 881 á 893, Waller). Estas dos cosas se excluyen recíprocamente.

Si el Angel que toca la sexta trompeta desata á los Angeles rebeldes, es porque las trompetas figuran el mal y la conducta de los malos, como lo dijimos en otro lugar.

pables; y por este motivo creemos, que representan las doctrinas socialistas, quizás digamos mejor, antisociales de nuestros días, que han llevado hasta las últimas consecuencias el principio anárquico y anticristiano, y que de un modo tan alarmante han extraviado á los ignorantes, á los viciosos y á los proletarios (*Nam cauda eorum similes serpentibus, habentes capita et his nocent, v. 19*) (1).

Tantos azotes, tantos castigos y tantos infortunios temporales, que la bondad divina acumula para convertir á los hombres, inspirándoles el santo temor, que es el principio de la sabiduría, no producen el efecto que se propusiera el Señor, ni siquiera en muchos de los que pasan plaza de buenos. Los hombres, ciegos é ilusos, no aciertan á reconocer, que la mano que pesa sobre ellos es la del Dios omnipotente, que tanto había diferido sus castigos. No se arrepienten de las obras de sus manos, sumérgense cada día más en el cieno del vicio y del error; continúan corriendo tras los honores, las riquezas, los placeres, la holgura, y las comodidades de la vida; siguen ahora, más que nunca, y en todo, las inclinaciones de la naturaleza corrompida, para la cual Dios es un mal, porque su ley manda combatirlas; continúan adorando á los demonios, á los ídolos de oro, de plata, de cobre, de piedra, y de madera; no hacen penitencia de sus homicidios, de sus envenenamientos morales ó físicos, de sus fornicaciones y de sus rotos, que constituyen la propiedad de la mayor parte de ellos (*Et ceteri homines, qui non sunt occisi in his plagis, neque penitentiam egerunt de operibus manuum suarum, ut non adorarent demonia et simulacra aurea, et argentea, et arca, et lapidea, et lignea, qui neque videre poterant, neque audire, neque ambulare, v. 20. Et non egerunt penitentiam ab homicidiis suis, neque á veneficiis suis, neque á fornicatione sua, neque á furtis suis, v. 21*).

CAPÍTULO IV.

LA SEXTA EDAD DE LA IGLESIA.

I. El mal ha ido aumentando de un modo extraordinario durante la quinta edad;

(1) Sus colas son semejantes á serpientes, y tienen cabezas; y con éstas hieren.

y el periodo de transición de ésta á la sexta ha llegado hasta la abolición del sacrificio perpétuo, hasta la abominación de la desolación en el lugar santo. En vez de adorar á un solo mortal, como sucedera en la séptima edad, cada uno de los hombres háse adorado á sí mismo; cada hombre ha hecho de sí mismo una divinidad. En todas partes, los impíos se han sobrepujado á los demás; para ellos, y solo para ellos, ha sido la abundancia, la influencia, el poder, y demás bienes de la tierra. Muchos hijos de la Iglesia han apostatado, y renegado de Dios y de su Cristo; les han cubierto de desprecios, de injurias, de salivas y de blasfemias; mientras que los verdaderos fieles, reducidos á escasas individualidades, han vivido aislados en la humillación, la pobreza, el sufrimiento y la opresión. El descuido y relajación de los pastores han contribuido á la pérdida de numerosas ovejas. Muchos, que al parecer eran buenos, marchaban por la senda del vicio; se creían vivos, y estaban muertos (*Nomen habes quod vivas et mortuus es, Apoc. v. 4*); porque creían, que el camino que seguían conducía al cielo; y, realmente, terminaba en el infierno. A durar un poco más aquel tiempo, la fe hubiera desaparecido de la tierra, y ni rastro de ella hubiese encontrado á su venida el Hijo del hombre (*Filius hominis veniens, gputas, inveniet fidem in terra? S. Luc. XVIII, 8*). Tal era la descomposición social, que cualquiera podía creer que habían llegado los últimos días, y que no le quedaba más que cubrirse con un lienzo, taparse los ojos, y aguardar en este estado el supremo cataclismo, la muerte de toda criatura.

Empero, no está tan próximo el término final; es necesario que antes sean confundidos los incrédulos y los impíos; que reciban los castigos á que se han hecho acreedores por sus crímenes; que el Señor descargue sobre ellos golpes tan rudos, que los obliguen, ó á convertirse casi por fuerza, ó á perecer bajo los ojos de la espada vengadora de la Justicia divina; es preciso, que antes Dios deje vengados los ultrajes hechos á su gloria, y el desprecio de su cruz; que el Señor vuelva á tomar posesión de un mundo, que es propiedad suya por su imprescriptible derecho de creación, y cuyo dominio habían los hombres entregado á Satan (*In gloriam meam creavi eum, forma-*

vi eum et feci eum, ISAI, XLIII, 7). Es indispensable que la Justicia de Dios brille, ejerciendo su juicio sobre esos tridentes, que por tanto tiempo, y con tan frenético furor han insultado su divinidad, su bondad, su amor y su poder (*Dominus á dextris tuis confregit in die ire sue reges. Iudicabit in nationibus, implebit ruinas, concussabit capita in terra multorum. Ps. CIX, 5 et 6*). Es necesario que exalte á sus discípulos que gimen en la opresión, que los sustraiga del latigo de los pecadores, á fin de que, rendidos de cansancio, no se echen al partido de la iniquidad; y finalmente, que les ponga en posesión de su imperio (*Hic patientia sanctorum est, qui custodiunt mandata Dei, et fidei Jesu, Apoc. XIV, 12. Qui autem persecerunt usque in finem, hic salvus erit, S. MATTH. XXIV, 13. Quia non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem justorum, ut non extendant iusti ad iniquitatem manus suas, PSAL. CXXIV, 3*).

El número de los escogidos debe completarse, y quedar lleno el de los mártires; lo que exige cierta preparación anterior (*Et dictum est illis ut requiescerent, donec compleantur conservi eorum, et fratres eorum, qui interficiendi sunt sicut et illi, Apoc. VI, 11*). El Evangelio debe ser predicado en el mundo entero, no de un modo oculto é individual, como hasta aquí ha venido practicándose en los pueblos infieles, sino de un modo ostensible y público, cual se hace en las naciones y comarcas bien dispuestas en favor del Catolicismo; además, la doctrina del Salvador debe ser respetada y practicada por toda tribu, por toda lengua, por toda nación, por todo pueblo (*Et predicabitur Evangelium in universo mundo in testimonium gentibus, S. MATTH. XXIV, 14*), porque únicamente despues de ese feliz acontecimiento vendrá la consumación, (*Et tunc venit consumatio, Ibd. v. 14*). Es necesario, en fin, que sea destruida Babilonia, es gran prostituta, madre de las fornicaciones y de las abominaciones, ébria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús (*Et vidi mulierem ebriam de sanguine sanctorum, et de sanguine martyrum Jesu, Apoc. XVII, 6*); esa Babilonia, esa gran confusión, que reina en los pueblos y sobre los reyes, (*Aque, quas vidisti ubi meretrix sedet, populi sunt, et gentes et lingua, Ibd. 15. Et mulier, quam vidisti, est*

civitas magna, quae habet regnum super reges terrae, Inid. 18).

Estos portentos de su omnipotencia se los debe Dios á sí mismo, toda vez que impuso á San Juan «el deber de profetizarlos de nuevo á las naciones, á los pueblos, á las lenguas y á muchos reyes.» (Oportet te iterum prophetare gentibus, et populis, et linguis et regibus multis, X, 14). Los debe también á sus santos, pues se lo prometió, cuando al abrir el quinto sello le decían: «Hasta cuándo, Señor, que sois justo y veraz, diferís de juzgar á esos moradores de la tierra que nos oprimen; cuando vendaréis nuestra sangre injustamente derramada?» VI, 10), á los cuales encarga, que aguarden en paz, en tanto que se cumple el número de los confesores y de los mártires (Et dictum est illis ut requiescerent adhuc modicum tempus, donec compleantur conservi eorum et fratres eorum, qui interficiendi sunt sicut et ipsi, Inid. 14). Los debe á la inmutable firmeza de su palabra, puesto que ha dicho, que los santos recibirán al fin el poder, y que por su paciencia obtendrán el reino (Suscepit autem regnum sancti Dei altissimi, et obtinentur regnum, DANIEL, X, 48). Y todos esos oráculos y todas esas promesas se repiten en el Apocalipsis, cuando dice San Juan: «Luego vi á otro Ángel que volaba por medio del cielo, llevando el Evangelio eterno, para predicarle á los moradores de la tierra, á todas las naciones, y tribus, y lenguas, y pueblos; diciendo á grandes voces: Temed al Señor á darle gloria, porque vendrá es la hora de su juicio: y adorad á aquel que hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y las fuentes de las aguas. Y siguióse otro Ángel que decía: Cayó, cayó aquella gran Babilonia, que hizo beber á todas las naciones del vino de su furiosa prostitución.» (Et vidi alterum Angelum volantem per medium caeli, habentem Evangelium aeternum, ut evangelizaret sedentibus super terram, et super omnem gentem, et tribum, et linguam, et populum. APOC. XIV, 6. Dicens voce magna: Time Deum, et date illi honorem, quia venit hora iudicii eius; et adorare eum, qui fecit caelum et terram, mare et fontes aquarum, v. 7. Et alius Angelus secutus est dicens: Cecidit, cecidit Babylon magna, quae de vino irae fornicationis suae potavit omnes gentes; v. 8).

II. Ha sonado la hora del triunfo de los buenos, y del oprobio de los malos. El Cordero, que por tanto tiempo, y con tanta longanimidad había tolerado los pecados de los hombres, va, por fin, á aplastarlos, para reconquistar un mundo que por tantos títulos le pertenece; empieza por intimarles su justa indignación, y con más razón que nunca, les dice por boca de David su profeta: «¿Por qué causa se han embravecido las naciones, y los pueblos maquina vanos proyectos? Hanse coligado los reyes de la tierra: y se han confederado los principes contra el Señor y contra su Cristo. Rompamos sus aladuras, dijeron, y sacudamos lejos de nosotros su yugo. ¡Inscandatos! El que reside en los cielos se vengará de ellos, se morará de ellos el Señor. Entonces les hablará él en su indignación, y los llenará de terror con su súa. En cuanto á mí, cuya dominación rechazan esos ilusos, he sido constituido por el Señor, mi Padre, rey sobre Sion, su santo monte, desde donde predicaré su ley y sus preceptos. El me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy, Pídemelo daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tus dominios hasta los confines de la tierra. Regírlas has con cetro de hierro, los desmenazarás como un vaso de barro. Y ahora, ¡oh reyes! entended: sed instruidos vosotros los que juzgais la tierra.» (¿Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Assiterunt reges terrae adversus Dominum, et adversus Christum ejus. Dirumpamus vincula eorum, et proficiamus á nobis jugum ipsorum. Qui habitat in caelis iridebit eos, et Dominus subsannabit eos. Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos. Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, praedicans praecceptum ejus. Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula á me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae. Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos. Et nunc, reges intelligite, erudimini qui iudicatis terram, Ps. II).

III. Por la aplicación de estas palabras, se abre el sexto sello, y al punto se sintió un gran terremoto; el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna se volvió

toda como sangre [Et vidi, cum aperuisset sigillum sextum, et ecce terramotus magnus factus est, et sol factus est niger tanquam sacco cilicis, et luna tota facta est sicut sanguis, APOC. VI, 12]. Bien así como la higuera sacudida por un fuerte vendaval, deja caer sus más precoces brebas, de igual modo, gran número de estrellas, esto es, de sacerdotes muy bien conceptuados, caen sobre la tierra, y se hunden en los vicios (Et stellae de caelo ceciderunt super terram, sicut fenus emittit grossos suos, cum á magno vento movetur, Inid. 13). Desorientados los hombres, quedan sin luz y sin guía en la senda que debían seguir (Et recessit caelum sicut liber involutus (1), Inid. 14). Son derribados los depositarios del poder, echados de sus encumbrados puestos los grandes del mundo (Et omnis mons et insula, de locis suis mota sunt (2), Inid. 14). Los reyes, los principes, los guerreros, los ricos, los poderosos, los esclavos y los hombres libres, todos corren á esconderse en las cavernas y en las quebraduras de las peñas, y gritan á los montes y collados: Caed sobre nosotros, y ocultados á las miradas del que está sentado en el trono, y sustraídos á la cólera del Cordero, porque el día de la ira llegó ya, y ¿quién podrá soportarla? (Et reges, et principes, et tribuni, et divites, et fortes, et omnis servus, et liber absconderunt se in speluncis et in petris montium, Inid. 15. Et dicunt montibus et petris: Cadite super nos, et abscondite nos á facie sedentis super thronum, et ab ira Agni, Inid. 16. Quia venit dies

magnus irae ipsorum, et quis poterit stare (1), Inid. 17)? (3).

(1) Holzauser (tomo I, pág. 293, Wuilleret), ve en los sucesos que acompañan la apertura del sexto sello la persecución de Diocleciano y de Maximiano. Los que tiemblan ante la cólera del Cordero, y que le temen, serían los fieles que se preparan para el martirio.

Nos parece, que semejante opinión no puede sostenerse. Es evidente, que son los malos los que procuran ocultarse de la presencia de Aquel que está sentado en el trono, y de la cólera del Cordero; porque solo contra ellos se irrita el Cordero, y no contra los que le aman, basta dar su vida por Él. La opinión de Holzauser confunde la cólera de los emperadores romanos con la del Cordero.

(2) En el tomo I, pág. 308, Sor Natividad da una gran potencia conducida por el Espíritu Santo, la cual, por medio de una segunda revolución, restablecerá el orden superior.

El primer árbol que había visto Sor Natividad, árbol que golpeaba el árbol de la Iglesia, y el del estado religioso, y que figuraba al filosofismo, ha sido arrancado de cuajo: puesto que la Sor en el t. I, p. 294, dice: «Oí una voz que gritaba: Cortad en la raíz el arbolillo destinado al injerto, destruído, y conservad cuidadosamente los dos primeros árboles. O los golpes que se daban al árbol malvido, y le va caer y rodar por el suelo con mucho ruido (1).»

En cuanto al árbol de la revolución, que tenía cuatro gruesas raíces, que representaban la nación (tom. IV, p. 407), es cortado á nivel de tierra, conservando las raíces, porque en el t. IV, p. 394, se leen estas palabras: «Yo adelantaré el tiempo de derribar este árbol, pero es mi voluntad, que no se le corte sino hasta la superficie de la tierra (2).»

En el tom. IV, Sor Natividad ve como

(3) De aquí se deduce, que el filosofismo no volverá á parecer; que el Anticristo no se servirá de él, sino que al efecto de hacerse adorar como á Dios, establecerá una religión de invención suya. Pero la revolución será conservada; el Hombre del mal la empleará como medio para dividir y reinar.

(1) Y el cielo desapareció como un libro que es arrollado.

(2) Y todos los montes y todas las islas fueron movidos de sus lugares. Este espantoso terremoto y sus consecuencias, quizás se confundan con el acontecimiento marcado al fin del capítulo III, que inmediatamente antecede, á quí vez vengan en seguida despues de éstos, como la respuesta del cielo á la provocación de la tierra.

IV. Al propio tiempo, el prefecto del templo, llamado Sobna, es arrebatado como un gallo, echado cual fardo de mercancías en un terreno ancho y espacioso, y espira en el lugar mismo de su caída (*Hæc dicit Dominus Deus exercitum: Vade, ingredere ad eum, qui habitat in tabernaculo, ad Sobnam, præpositum templi, et dices ad eum: ISAIAE XXII, 15. Quid tu hic, aut quasi quis hic? Quia excidisti tibi hic sepulcrum, excidisti in excelso memoriale diligenter, in petra tabernaculum tibi, v. 16. Ecce Dominus asportari te faciet, sicut asportatur gallus gallinæ, et quasi amictum sic sublevari te, v. 17. Coronans coronabit te tribulatione, quasi pilam mittet te in terram latam et spaciosam: ibi morieris, et tibi erit curvus gloriae tuae, ignominia domus Domini tui, v. 18; et expellam te de statione tua, et*

este árbol es derribado: «Veo en Dios, dice, que vendrá un tiempo en que este grande árbol será derribado... Cuando haya llegado la hora del Señor, detendrá en un instante (1) ese fuerte armado, y echará por tierra ese grande árbol, con más celebridad que el joven David echó por tierra al gigante Goliath. Entonces, los hombres exclamarán: Alegrémonos, han sido vencidos los operarios de la iniquidad por la fuerza del brazo omnipotente del Señor.» (2)

«Veo que la fe y la religion santa van debilitándose en casi todos los reinos cristianos: Dios ha permitido que estos sufrieran rudos golpes de las varas de los impios, para sacarlos de su letargo.» (3).

(1-2) El cambio del mal al bien será casi instantáneo; los hombres reconocerán claramente en él la acción divina. Lo que concuerda muy bien con lo que en el v. 8 del cap. III del Apocalypsi, se dice á la Iglesia de Filadelfia: *Ecce dedi coram te ostium apertum, quod nemo potest claudere, quia medicam habes virtutem, et servasti verbum, et non negasti nomen meum.*

(3) La salutación de Isaias, comendada perfectamente con lo que hemos dicho de la quinta edad y del principio de la sexta (*Um enim dormient homines*).

de ministerio tuo deponam te, v. 19.) (1).

V. La misma mano que hiere al prefecto del templo, hiere también á la gran Babilonia, esto es, á la Inglaterra protestante, cuya conducta, así en el interior, como en el exterior, no es más que una no interrumpida série de crímenes, desde hace tres siglos; ella conserva, fomenta, paga y enriquece la revolucion; es el anticristianismo, y la gran ciudad que lo propaga, y le sirve de hogar. Los soberanos de las naciones habian puesto su poder á disposicion de la bestia, que montaba la prostituta; mas, de repente, apodérase de ellos un odio mortal contra esta última, de suerte, que la acometen, descargan sobre ella golpes terribles, hasta dejarla enteramente desierta (*Attrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus nullo introeunte, ISAIAE, XXIV, 10*); acumulan en torno de sus muros toda especie de males (*Et calamitas opprimit portas, IER. v. 12*); la desolan, la despojan, devoran las carnes de sus habitantes, y la reducen á pavesas. (*Hi odient fornicariam, et desolationem facient illam, et mudam, et carnes ejus manducabunt, et ipsam igni concremabunt.*) (2).

A este efecto, descendiendo del cielo un Angel, avisa de un gran poder, la tierra queda iluminada con su claridad, y exclama con mucha fuerza: «Cayó, cayó Babilonia la grande: y está hecha morada de demonios, de espiritus inmundos, de aves asquerosas, porque los hombres la han abandonado.» (*Et post hæc vidi alium Angelum descendentem de celo, habentem potestatem magnam, et terra illuminata est à gloria ejus, APOC. XVIII, 1.*) (*Et exclamavit in fortitudine dicens: Cecidit, cecidit Babilyn magna, et facta est habitatio demoniorum, et*

(1) No sabemos quien sea ese Sobna; si nos fijamos en estas palabras: *præpositum templi*, la primera idea que ocurre, es la de un personaje eclesiástico. Por otra parte, el texto hace ciertas indicaciones que no están conformes con esta idea. Debemos, pues, confiar al porvenir la mision de designar la persona así llamada. Nosotros nos limitamos á relatar todo cuanto nos parece referirse al principio de la sexta edad, dejando que el porvenir lo explique todo.

(2) La conducta de los Indios con respecto á la Inglaterra se parece á la que se observa con la prostituta.

custodia omnis spiritus inmundi, et custodia omnis vulturis inmundæ et odibilis, v. 2.) El Angel declara al mismo tiempo, que la causa de su caída, que ha llenado á los hombres de pavor, es porque la prostituta ha hecho beber á todas las naciones el vino irracional y venenoso de su disolucion, y los reyes de la tierra han estado amancebados con ella, y los mercaderes se han hecho ricos con su lujo y sus delicias (*Quia de vino ira fornicationis ejus biberunt omnes gentes, et reges terræ cum illa fornicati sunt, et mercatores ejus de virtute deliciarum ejus divites facti sunt, v. 3.*) Iolima á los fieles la orden de salir de la ciudad, antes que caiga sobre ella el rayo que debe herirla, para no ser participantes de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas (*Exite de illa, populus meus, ut ne participes sitiis delictorum ejus, et de plagis ejus non accipiat, v. 4*); y á la vista de esa inmensa ruina, los hombres lloran, y tiemblan, como puede verse en el resto del cap. XVIII del Apocalypsi, que nos abstenemos de comentar, porque no es otra cosa que la narracion exacta de esa horrible catastrofe, y nosotros nos limitamos á trazarla á grandes pince-ladas.

Después de ese espantoso juicio, que han sufrido los vivientes, y que ha destruido todo lo que se oponia al bien, déjase ver la hermosa y santa Iglesia de Filadelfia, que va comprendida en la sexta edad, y cuyo nombre, que significa amor fraternal, anuncia; que los hombres todos viviran entónces como hermanos, como hijos de Dios, y que no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor (*Et erit unum ovile et unus pastor, SAN JOAN, X, 16*); y que, por consiguiente, desaparecerán los cismas, y las heresias, como lo reconoce Holzauer (t. I, p. 188, t. II, p. 12, Wuilleret); comendándose una era de paz y de calma, que quizás fué simbolizada por la gran bonanza, que en virtud de la palabra del divino Maestro sucedió á una recia tempestad que se habia levantado en el mar, y que habia obligado á los Apóstoles aterrizados á exclamar: «Señor, salvados, que perecemos» (*Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, et ipse vero dormiebat*) (1). *Et accesserunt ad*

(1) Ese sueño de J. C. durante la tempestad, concuerda muy bien con el caracter que hemos reconocido á la quinta edad.

eum discipuli ejus, et suscitaverunt eum dicentes: Domine, salva nos perimus. Et dicit eis Jesus: Quid timidi estis modica fidei? tunc surgens imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna, SAN MATTH. VIII, 24, 25 et 26.

VI. Abre Jesucristo esta Iglesia, porque le está confiada la llave de David, y, por consiguiente, solo él puede abrir la puerta del bien, sin que á nadie se dado cerrarla antes del tiempo fijado; y cerrar la puerta del mal, sin que nadie pueda abrirla mientras no llegue su tiempo (*Et Angelo Philadelphie ecclesie scribe: Hæc dicit Sanctus et Verus, qui habet clavem David, qui aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit*) (1), APOC. III, 7). El es quien franquea la entrada por esta puerta á los escasos fieles de la quinta edad y del principio de la sexta, porque tienen muy menguadas sus fuerzas, lo que no ha impedido que guardasen su palabra, y no negasen su nombre (*Ecce dedi coram te ostium apertum, quod nemo potest claudere: quia medicam habes virtutem, et servasti verbum meum, et non negasti nomen meum, IER. v. 8*) (2).

Esas frases tan notables de los versículos 7 y 8, del capitulo III del Apocalypsi, unen evidentemente los tiempos de que hablan, con aquel de que trata Isaias en el cap. XXII, á causa de la caída de Sobna, prefecto del templo; pues que Dios llama á su siervo Eliacim, hijo de Helcias, para que ocupe el lugar de Sobna, que es indigno del honroso cargo que desempeña (*Quid tu hic, aut quasi quis hic? Et erit in die illa vocabo servum meum Eliacim filium Helcie, ISAIAE, XXII, 16 et 20*); pone sobre sus hombros esa misma llave de la casa de David, de que habla el Apocalypsi, y por su mano abre, en la misma forma que describe San Joan, sin que nadie pueda cerrarla, y cierra, sin que nadie pueda abrir (*Et dabo clavem David super humerum ejus; et aperiet, et non erit qui claudit; et claudit, et non erit qui aperiat, ISAIAE, XXII,*

(1) Escribo al Angel de Filadelfia: Hé aqui lo que dice el que es Santo y Veraz, que tiene la llave de David, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre.

(2) Hé aqui, lo que te he dado esta puerta abierta ante tí, que nadie puede cerrar, porque tienes poca fuerza, y que, sin embargo, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.

22), (1); de suerte, que ese Eliacim es, á la vez, el instrumento de la misericordia divina, y del reino del Cordero en el mundo.

Acerca de este instrumento, Daniel, y San Juan, nos proporcionan algunos detalles.

En la profecía del primero, se ve un personaje que parecía el Hijo del hombre, y que, por consiguiente, no es el mismo, toda vez que es su imagen, y viene sobre las nubes del cielo, adelantándose hasta el trono del Anciano de muchos días, y que es conducido y colocado por los Angeles en presencia de su divina Magestad (*Aspiciendam ergo in visione noctis, et ecce in nubibus caeli quasi filius hominis veniebat, et usque ad Antiquum diurnum pervenit, et in conspectu ejus obtulerunt cum*. DAN. VII. 13) (2). A ese personaje, imagen del Cordero, da Dios el reino y el poder, sin duda, en cambio de la opresión que sobre él pesaba (*Et dedit ei potestatem et honorem, et regnum, et omnes populi, tribus et linguae servient ei*, Ibd. v. 14) (3). En él y con él reinan finalmente los santos en el mundo entero (*Suscipiant autem regnum sancti Dei altissimi*, Ibd. v. 8. *Et regnum obtinuerunt sancti*, v. 22. *Regnum autem, et potestas et magnificentia regni que sit subter omne caelum datur populo sanctorum Altissimi*, v. 27). (4).

VII. Segun el Apocalypsi, ese instrumento de misericordia es el hijo varon que dió á luz la Iglesia, y que no experimentó la ira del dragon por haber sido arrebatado hácia Dios, y subido hasta su trono (5); porque, desde su nacimiento, fué destina-

(1) Yo daré la llave de David sobre su hombro; él abrirá y nadie podrá cerrar, cerrará y nadie podrá abrir.

(2) Yo estaba observando durante la vision nocturna, y hé aqui, que veía entre las nubes del cielo un personaje, que parecía el Hijo del hombre; quien se adelantó hácia el Anciano de muchos días, y le presentaron ante él.

(3) Y le dió la potestad, el honor, y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán.

(4) Mas los santos del Altísimo recibirán la potestad; el imperio, el reino, la autoridad, la grandeza, la dominacion sobre todo cuanto existe debajo del cielo, será dada al pueblo de los santos del Altísimo.

(5) Este niño podría muy bien designar una familia, que Dios haya preservado de un modo análogo.

do á regir, un día, todas las naciones con cetro de hierro (*Et peperit filium masculinum, qui recturus erat gentes in virga ferrea, et raptus est filius ejus ad Deum et ad thronum ejus*, APOC. XII. 5). El personaje, parecido al Hijo del hombre, es el que viene sobre una nube blanca, tal como nos lo pinta Daniel, con una corona de oro en la cabeza, y una hoz azulada, en su mano (*Et vidit et ecce nubem candidam, et super nubem sedentem similem filio hominis, habentem in capite suo coronam auream, et in manu sua falceam acutam*, APOC. XIV. 14).

En cumplimiento de la órden que un Angel le comunica, ese enviado de Dios siega la mies de la tierra, arranca la cizaña para arrojársela al fuego, y almacena luego el buen trigo, en los trojes del padre de familia (*Et alius Angelus exivit de templo, clamans voce magna ad sedentem super nubem. Mitte falceam tuam, et mete, quia venit hora ut metatur, quoniam aruit messis terrae*. Ibd. v. 15. *Et misit qui sedebat super nubem falceam suam in terram, et demassa est terra*. Ibd. v. 16) (1). Además, en tiempo de ese gran monarca, un nuevo Angel que tambien tiene en su mano una hoz aguzada, y obedece los mandatos de otro Angel que sale del altar, y, por lo mismo, pudiera ser el Pontífice santo, hace la vendimia de la tierra, pisa y estruja en el lagar el vino de la ira del Todopoderoso (*Et alius Angelus exivit de altari, qui habebat potestatem super ignem, et clamavit voce magna ad eum qui habebat falceam acutam, dicens: Mitte falceam tuam acutam, et vindemia botros vineae terrae, quoniam maturus sunt uva ejus*, APOC. XIV. 18. *Et misit Angelus falceam suam acutam in terram, et vindemavit vineam terrae, et misit in lacum irae Dei mognum*) (2).

(1) Y otro Angel salió del templo, gritando alta voz al que estaba sentado sobre la nube: Echa ya tu hoz, y siega, porque venida es la hora de segar, puesto que está sazónada la mies de la tierra. Hé, pues, que el que estaba sentado sobre la nube, su hoz á la tierra, y la tierra quedó siegada.

(2) Salió tambien del altar otro Angel, el cual tenía poder sobre el fuego; y clamó en voz alta al que tenía la hoz aguzada, diciendo: Mete tu hoz aguzada, y vendimia los racimos de la vinya de la tierra; pues que sus uvas están ya maduras. Entonces el Angel metió su hoz aguzada en la tierra, y vendimió la vinya de la tierra, y echó á uva en el grande lagar de la ira de Dios. Holzauer (tom. II, pag. 115, Wullerel), ve al gran Monarca en el hombre del cap. XIV del Apocalypsi, como lo ha visto en el niño del cap. XII.

En el capítulo XIX del Apocalypsi, San Juan ve el cielo abierto, y un caballo blanco, cuyo ginele se apellida Fiel y veraz, el cual juzga y combate con justicia (*Et vidi caelum apertum, et ecce equus albus, et qui sedebat super eum vocabatur fidelis et verax, et cum justitia judicat et pugnabit*, v. 11). Sus ojos eran como llamas de fuego: tenía en la cabeza muchas diademas (1), y un nombre escrito, que nadie le entiendo sino el mismo (*Oculi autem ejus sicut flamma ignis, et in capite ejus diadema multa, habens nomen scriptum, quod nemo novit nisi ipse*, v. 12). Vestía una ropa salpicada en sangre, sin que se indique que estuviese ensangrentado el ginele, y es, y se llama el Verbo de Dios (*Et vestitus erat veste aspersa sanguine, et vocatur nomen ejus Verbum Dei*, v. 13). Los ejércitos celestiales le siguen montados en caballos blancos y puros como el suyo, vestidos de un lino finísimo y blanco (*Et exercitus, qui sunt in caelo sequentur eum, in equis albis, vestiti byssino albo et mundo*, v. 14). En su vestidura y en el muslo tiene escrito, que es el Rey de reyes, y Señor de los señores (*Et habet in vestimento et in ferebre tuo scriptum: Rex regum et Dominus dominantium*, v. 16).

El versículo 15 del mismo capítulo nos dice, que de la boca de ese prodigioso ginele sale una espada de dos filos para herir con ella á las naciones, que él ha de gobernar con cetro de hierro, y que él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios omnipotente (*Et de ore ejus procedit gladius ex utraque parte acutus, ut in eo percutiat gentes, et ipse reget eas in virga ferrea, et ipse calcet torcular vini furoris irae Dei omnipotentis*).

Parece, que este mismo versículo 15 nos autoriza á confundir este ginele con el niño del capítulo XII de San Juan, el cual regie tambien los destinos de las naciones con cetro de hierro, con el hombre del capítulo XIV del mismo profeta, que hace la siega de la tierra, la castiga por este medio con mano fuerte, y durante cuyo reinado la uva es echada en el lagar de la ira de Dios; y con el hombre del capítulo VII de Daniel,

(1) Si este ginele representa al gran Monarca, los diversos diademas quizás designan los diferentes reinos sobre los cuales dominará, llevando por esta causa el título de Emperador.

porque los santos reinan, en fin, en el mundo, y por esta razon llega á ocupar el trono del Rey de reyes y del Señor de señores. Mas, no nos proponemos confundir todos estos textos, por el respeto que nos infunde el nombre inencomiable de Verbo de Dios que distingue á ese personaje, y que á un simple instrumento no podria convenir, cuando no fuese en calidad de representante; nos concretaremos, pues, con este motivo, á someter al fallo de nuestros lectores algunas observaciones, despues que habremos contestado á cierta dificultad, que se nos puede presentar sobre el niño del capítulo XII, del hombre del capítulo XIV, y del de Daniel.

Cualquiera que sea el personaje montado que se describe en el capítulo XIX de San Juan, la íasis indica claramente, que es el instrumento de las divinas bondades: le denominan Eliacim, nombre que dábase á Joás, mientras permanecía encerrado en el templo, bajo la custodia del sumo sacerdote Jcía; dice que su padre era Helcias; cosas todas que no pueden aplicarse á N. S. Jesucristo: el mismo profeta celebra las grandeza de ese celestial mensajero, por estas significativas palabras: *A fiantus terrae laudes audivimus, gloriam justici capitulo XXIV, v. 16*, (1), negándose, en esta parte, á descorrer el velo del porvenir, y justificando su negativa con la siguiente exclamacion: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*, Ibd., v. 16 (2).

Pasemos ahora á la solucion de la dificultad que arriba mencionamos, exponiendo en seguida las observaciones que hemos anunciado.

La dificultad consiste, en que esta frase: *Similem filio hominis* del capítulo XIV, del Apocalypsi, y la siguiente del texto de Daniel: *Quasi filius hominis*, que en lengua vulgar se traducen por semejante al Hijo del hombre, anuncian y revelan al mismo Jesucristo, y no á su instrumento; como se desprende del cap. I, v. 13, en el que San Juan, viendo á nuestro digno Maestro en persona, según lo sostienen graves autores, escribe, que ha visto á un personaje seme-

(1) Desde las extremidades del mundo, hemos oído las alabanzas, que se cantaban á la gloria del justo.

(2) Y yo dije: Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí.

jante al Hijo del hombre, porque la similitud tomase aquí por la identidad.

No nos empeñamos en calificar de completamente inexacta la susodicha apreciación: al contrario, estamos conformes en que es muy exacta, si se considera al Salvador como autor único, y único principio del bien producido por aquel que no es más que su instrumento; sin embargo, nos parece, que nuestro modo de ver, no solo no está en pugna con los textos sagrados, ora se tomen en su conjunto, ora aisladamente, sino que más bien lo apoyan y robustecen.

En primer lugar, hemos hecho observar, que el niño del capítulo XII es el hijo de la Iglesia; circunstancia que no puede contestarse; luego, no puede ser su esposo, es decir, Jesucristo en persona.

El hombre del capítulo XIV, recibe de un Angel la orden de segar la tierra; el de Daniel es presentado por los Angeles ante la divina Majestad; y siendo incuestionable, que Jesucristo no está sometido a las órdenes de sus criaturas, y que ninguna necesidad tiene de ellas para presentarse ante su Padre; debemos decir, que ni uno ni otro de estos dos hombres simboliza la persona de Jesucristo.

La simple similitud, indicando una representación, una semejanza en las funciones, como la que hay entre el instrumento y su autor, excluye la identidad, desde el momento que se toman las palabras en su sentido recto y literal.

Por otra parte, hasta el presente no está demostrado, que el personaje de que habla san Juan en el capítulo I, sea el mismo Jesucristo; es mucho más probable que no era él, sino su representante; y si logramos dejar probado este aserto, en cuanto es posible, tratándose de simples conjeturas, la objeción caerá por su misma base.

Nadie puede asegurar que el que habló, se apareció y dejó ver de san Juan, fuese el mismo Jesucristo en persona. El versículo 4 del capítulo I del Apocalypsi parece contrario a esta opinión, pues, dice, que aquel personaje no era sino el Angel, esto es, el enviado de Jesucristo; y san Juan se expresa en los siguientes términos: «Revelación de Jesucristo, la cual ha recibido de Dios para descubrir á sus siervos cosas, que deben suceder presto: y la ha manifestado por medio de su Angel enviado á Juan, siervo suyo.» [Apocalypsi Jesu-

Christi quam dedit Deus palam facere servis suis, quae oportet fieri cito, et significavit mittens per Angelum suum servo suo Joanni; et el mismo Salvador, en el versículo 16, del capítulo XXII, confirma esta doctrina, declarando, que ha enviado su Angel para hacer esta revelación y certificar estas cosas. (Hec, Jesus, mis Angelum meum testificari vobis haec in Ecclesia).

Por lo mismo que es un Angel el que se aparece á san Juan, habla, no en nombre propio, ni en primera persona, sino en nombre de otro, en nombre de Dios, contentándose con referir sus palabras, como lo demuestran los siguientes textos: *Hec dicit qui tenet septem stellas, cap. II, v. 4. Hec dicit primus et novissimus, lmb. v. 4. Hec dicit qui habet romphaeam, lmb. v. 12. Hec dicit Filius Dei, lmb. v. 18. Hec dicit qui habet septem spiritus Dei, cap. III, v. 4. Hec dicit Sanctus et Verus, lmb. v. 7. Hec dicit: Amen, testis fidelis et verus, lmb. v. 14. A Dios Padre y a Jesucristo, san Juan nos los representa de otra manera. Representa al primero, sentado en el trono, cap. IV, v. 2. (Et ecce sedes posita erat in caelo et supra sedem sedens). El Padre es el que en el capítulo XXI, v. 3, dice: «Voy á renovar todas las cosas.» (Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia). En el decurso de la vision, Jesucristo aparece bajo la figura de un cordero como inmolado, teniendo siete cuernos y siete ojos (Et vidi: Et ecce in medio throni... Agnum stantem tantum occisum habentem cornua septem et oculos septem, cap. V, v. 6). Y no se aparece á san Juan en forma humana, sino en la Jerusalem celestial, al fin de la revelación de lo que atañe á la tierra y al tiempo; y lo hace para declarar, que el que hasta entonces ha hablado, no es el mismo, sino su Angel.*

El personaje semejante al Hijo del hombre, cuyo magnífico exterior describe San Juan en el cap. I, desde el v. 13 al 17 del Apocalypsi, es verdad que dice al santo apóstol: «No temas, yo soy el primero y el último;» y en el v. 18 añade: «Yo estoy vivo, aunque fui muerto: Hé aquí que vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno:» empero, por una parte, el Angel pudo aparecerse y hablar en estos términos en representación de Dios hecho hombre, cuya veces desempeñaba en aquel instante, tomar al

efecto sus formas exteriores, y reproducir sus palabras; y por otra, vemos, que dos veces el mismo San Juan confundió al Angel con el Hijo del hombre, mostrándose á sus pies para adorarle, hasta el punto, que el Angel debió sacarle de su error, haciéndolo observar su calidad de simple servidor, y que la adoración solo á Dios era debida (Et cecidi ante pedes ejus ut adorarem eum, et dixit mihi: Vide ne feceris; conseruus tuus sum... Deum adora cap. 19, v. 10. Et postquam audivissem et vidissem, cecidi ut adorarem ante pedes Angeli, qui mihi haec ostendebat, et dixit mihi: Vide ne feceris conseruus tuus sum... Deum adora, cap. XXII, vv. 8, 9).

A mas de que, aun cuando la calificación Simitem Filio hominis del v. 13 del cap. I, debiese única y realmente aplicarse á N. S. Jesucristo, no podría deducirse de aquí, que igual significación tienen los mismos vocablos empleados por San Juan, en el cap. XIV, y por Daniel en el cap. VII; porque el Apóstol, en el principio de la revelación, al parecérsele N. S. J. C., que no habia visto desde su ascension, pudo, en los primeros momentos, no reconocerle, ni descubrir desde luego sino una simple semejanza donde habia identidad; sin que de esto pueda inferirse que sucedió lo mismo en el restante de la vision, durante la cual las reminiscencias del Apóstol pudieron desarrollarse para juzgar con más exactitud.

En lo que atañe al ginete del capítulo XIX del Apocalypsi, que seria facil confundir con el instrumento de la bondad divina, con el niño, y el hombre de San Juan, como igualmente con el personaje de Daniel, á no mediar la circunstancia de llamarse el Verbo de Dios; nos limitaremos á hacer observar, que nunca hubiésemos confundido las personas, y si, únicamente, el misterio, no descubriendo en el instrumento otra cosa que la imagen del autor; pues con harta frecuencia, de la misma Escritura Santa resulta esta confusion, ante la cual retrocedemos, como acontece hablando de Ciró, el cual, porque debia sacar de la esclavitud material á los Hebreos, es condecorado con el nombre de Cristo, al igual del Salvador, que arranca á su pueblo de la servidumbre del pecado (Hec dicit Dominus Christo meo Cyro, ISAI. LXV, 1); y

que, más de una vez, creeremos incurrir en error, viendo en un pasaje la obra de un enviado, cuando lo es del Hijo del hombre; mientras que otro texto nos prueba, que es un instrumento, que obra en igual circunstancia.

Esta última observacion se funda en el v. 7 del cap. III del Apocalypsi, en donde San Juan escribe: «Hé aqui lo que dice: Aquel que es santo y veraz, que tiene la llave de David, que abre, y ninguno cierra;» cierra, y ninguno abre (Hec dicit Sanctus et Verus qui habet clavem David; qui aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit). Al leer este texto, siéntese uno naturalmente impulsado á aplicarlo exclusivamente al divino Maestro; los menos circospectos temerian violentar el sentido, ampliando su aplicacion á un simple instrumento; y, sin embargo, si se lee el cap. XXII, vv. 20, 22 de Isaias, cualquiera podrá convencerse, que si el Verbo obra por su divinidad, no lo hace, en cuanto al exterior directamente y por sí mismo, puesto que se sirva de Eliacim, hijo de Helcias, poniendo sobre sus hombros la poderosa llave de David, y que por ministerio de ésta, cuando hemos exteriormente, abre y ninguno cierra, cierra y ninguno abre (Vocabo servum meum Eliacim, filium Helciae; et dabo clavem David super humerum ejus; et aperiet, non erit qui claudit, claudit et non erit qui aperit!). Esta identidad de accion y de ministerio, facilmente conduciría, á no confundir las personas, sino á dar al autor y al instrumento un mismo nombre, el nombre principal, que es el del autor. Con todo, fieles á la prudente reserva que nos hemos impuesto, nos abstendremos de sacar conjetura alguna de estos versículos del capítulo XIX de la profecía de San Juan.

Sea lo que fuere de la aplicacion del citado capítulo al sujeto elegido para ser en el mundo el instrumento de las divinas misericordias, los capítulos XII y XIV de San Juan, el VII de Daniel, y el XXII de Isaias, parece que se refieren á dicho instrumento, y esto basta para que sigamos investigando quien es ó ha de ser Aquel de quien tres profetas del Altísimo escribieron cosas tan estopendas.

Creemos, que este personaje es el gran monarca, cuya aparicion en la sexta edad

anuncia Holzauser en varios pasajes de su Comentario (1). ¿Quién será ese Rey? ¿Cuál la familia que ha de contarle entre sus miembros? ¿Cuáles las calidades morales y físicas de su persona? ¿Ha venido ya? ¿Ocupa en la actualidad un trono, ó ha de venir aún? Un tupido velo oculta todavía todos esos misterios: lo único que sabemos, es, que el nombre de Elicim significa *resurrección de Dios*; que debe, al parecer, entenderse en sentido moral; y que el nombre de su padre Helcias, significa *Pars Dei, Parte de Dios*. Toca al porvenir el deslindarnos todo lo demás, y el publicar el nombre de ese persona; que nadie conoce sino él mismo (*Habens nomen scriptum, quod nemo novit nisi ipse*, Apoc. XIX, 12).

A pesar de esta incertidumbre, todo nos inclina a pensar, que ese gran Monarca es, ó será, un soberano francés; y que el cetro de hierro con que ha de gobernar el mundo es con el ejército francés, que la será enteramente fiel. Fundamos nuestra opinión en estos cinco motivos: 1.º, en el capítulo XII de san Juan, que lo presenta como el *hijo mayor* ó predilecto de la Iglesia; 2.º, en el refrán tan antiguo como acreditado en todos los siglos: *Gesta Dei per Francos* (2); 3.º, en el carácter particular que la consagración imprime á nuestros soberanos, constituyéndolos como sacerdotes, como los únicos verdaderos soberanos; por cuyo motivo el emperador de Alemania, al tener conocimiento del asesinato judicial de Luis XVI, limitóse á decir á su corte: «*Ha muerto el rey*,» 4.º, en las convicciones arraigadas generalmente entre los orientales, segun las cuales, un príncipe francés

(1) Bien reconoce Holzauser, que el niño del cap. XII del Apoc. puede representar el gran Monarca; pero como aplica, y con razon en este punto, el cuadro del presente capítulo á épocas diversas, se le figura ver en él, entre otros, al emperador Heráclio, luego á Carlomagno. En cuanto á Heráclio, su aplicación exacta en un concepto, en otro deja de serlo. En los primeros días de su reinado hizo grandes cosas, pero no tardó en caer en los errores de los Monotelitas, y murió hereje; no podía, pues, ser verdaderamente y en todos conceptos el hijo predilecto de la Iglesia, toda vez que persiguió á su madre.

(2) Las obras de Dios se realizan en la tierra por medio de los Franceses. Si la Francia ha detenido cautivos á dos Sumos Pontífices, en cambio á ella se debe la independencia temporal de la Iglesia, y ella es la que ha restablecido en su trono á Pio IX.

ha de destruir el imperio turco, y salvar á los secuaces del falso profeta Mahoma (1) (*Cima de los Griegos*, Maimbourg); y 5.º en las consideraciones que la Iglesia católica ha guardado siempre á la Francia.

El Papa Alejandro III declaraba, efectivamente, que la exaltación del imperio de los Francos era inseparable del de la Iglesia romana. Los Franceses habían obtenido de la Santa Sede los gloriosos títulos de *conciudadanos de los Apóstoles*, y de *domésticos de Dios* (*cives Apostolorum, et domestici Dei*). Lesanse, y léense todavía en la puerta de San Luis de los Francoses de Roma, estas patéticas palabras: «Diez días de indulgencia por cada vez que se ruegue á Dios por el rey de Francia.» Pero, lo que en esta parte creemos, si cabe más significativo aún, es la oración que los soberanos Pontífices tenían prescrita en favor de nuestra patria: He aquí su texto:

Omnipotens sempiterna Deus, qui ad instrumentum diviniissimi tuae voluntatis, per orbem, et ad gladium et propugnaculum Ecclesiae tuae sanctae, Francorum imperium constituisti, caelesti lumine, quaezumtu, filios Francorum supplicantes, semper et ubique preveni, ut ea que agenda sunt ad regnum tuum in hoc mundo efficiendum, videant, et ad implenda quae viderint, charitate et fortitudine perseveranter conualescant, per Dominum, etc. (2).

Estos son los títulos que la Francia puede exhibir: ¿Hay alguna nación que los posea iguales? ¿Cuál es el pueblo que, aún bajo el punto de vista geográfico, ocupa una posición tan ventajosa para cumplir semejante misión? ¿Cuál es el que por su educación y por su carácter, es tan misionero y apóstol, así para el bien, como para el mal? Tame el Demonio á todas las naciones católicas; pero de un modo muy parti-

(1) Esta destrucción ha comenzado ya desde la guerra de Oriente. ¿Quién la concluirá? El porvenir ha de contestar á nuestra pregunta.

(2) Todopoderoso y eterno Dios, que para servir de instrumento á vuestra divina voluntad en el mundo y para la defensa y el triunfo de vuestra santa Iglesia, habéis establecido el imperio de los Francos, iluminad siempre y en todas partes, con vuestras divinas luces, á los hijos de los Francos que os invocan, á fin de que vean lo que han de hacer para establecer vuestro reino en el mundo, y perseverando en la caridad y en la fortaleza, realicen lo que habrán visto. Por N. S. etc.

cular teme á la Francia. Por este motivo, la ataca con preferencia, porque sabe que no tardarán en seguirla é imitarla las demás naciones. No se engaña en esto Luzbel. La revolución, que en el siglo XVII tuvo en Inglaterra su regicidio, su república, su dictadura, su usurpacion, no llegó á ser universal hasta el fin del XVIII, porque entonces la revolución fué francesa. El mal ha salido de Francia; empero, tambien se conserva en ella el bien; y cuando se dé el supremo combate, luchará contra el infierno: el bien triunfará, y nuestra nación ayudará á las demás para sacudir el yugo del crimen, de la anarquía y de la impiedad.

VIII. Despues de haber expuesto estas tres cosas, sigamos la historia de lo que resta de la sexta edad en la sexta Iglesia, del sexto sello, de la sexta trompeta, de la sexta alabanza, y los portomenores que se contienen en los capítulos XII, XIV, XVII y XIX.

La sexta iglesia es la de *Filadelfia*, esto es, la de la unidad católica en el mundo entero (*Et fuit unum ovile et unus pastor*, EVANG. S. JOAN. X, 16); excede en belleza á cuantas la han precedido. Tiene de común con la segunda Iglesia, la de *Esmirna* y de las persecuciones romanas, que Dios zingun cargo la dirige; aventaja, empero, á su hermana en el precioso testimonio que el mismo Dios le tributa, declarando, que la ama (*Et scient quia ego dilexi te*, (1), Apoc. III, 9).

Nuestro divino Maestro se anuncia á esta Iglesia como *santo* y *veraz* (2). (*Haec dicit Sanctus et verus*, lib. v. 7). Estas eran precisamente las perfecciones que adoraban é invocaban los oprimidos cristianos de la quinta edad, cuando pedían á Dios que les socorriera y vengara (*Usquequo, Domine, sanctus et verus non iudicas et non vindicas sanguinem nostrum de vis qui habitant in terra*, cap. VI, 10). El divino Maestro no vino entonces (en la quinta edad), sino que diferió su venida para la sexta edad, en la que *falla y condena á los vivientes*, y dispone que se

recoja la mies de la tierra. Por esas perfecciones se anuncia, que la santidad reinará en el mundo; que la verdad será conocida y generalmente aceptada; que en todo brillará la verdad, en las artes, en las ciencias, que progresarán cuanto sea posible; y que caerán todos los errores, y no aparecerán mas en el mundo (4).

Nuestro Redentor se presenta como Omnipotente, que puede cuanto quiere, y cuya acción nadie puede detener ó neutralizar (*Qui habet clavem David, qui aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit*, capitulo III, v. 7). Abre á sus fieles una puerta, la del bien, que no podían abrir por sí solos, y que, en adelante, ninguno podrá cerrar; porque, á pesar de ser tan escasas y limitadas sus fuerzas, han guardado su palabra, y no han desconocido su nombre (*Eccc dedi coram te ostium apertum, quod nemo potest claudere, quia modicum habes virtutem, et servasti verbum meum, et non negasti nomen meum*, lib. v. 8). Conoce sus obras, y merecen su entera aprobacion (*Scio opera tua v. 8; quoniam servasti verbum patientium meo*, v. 10); les promete, que convertirá á cierto número de Judíos (2), (*Eccc dabo de synagoga Satanae, qui dicunt se Iudeos esse et non sunt, sed mentiuntur. Eccc faciam illos ut veniant, et adverte ante pedes tuos, et scient quia ego dilexi te*, lib. v. 9). Anuncia la proximidad de su último advenimiento; les recomienda que permanezcan fieles hasta el postrer instante, á fin de que otros no se eleven su corona (*Eccc venio cito, tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*, v. 11); les declara, que en justa recompensa de su fidelidad, en guardar la doctrina de su paciencia, les librará del tiempo de tentacion (la del Anticristo), que vendrá para probar á los moradores de la tierra; lo que le será muy facil de realizar, ya, llamándolos al cielo por medio de una muerte ordinaria, pero prematura; ya, comunicándoles la fuerza indispensable para salir victoriosos del combate (3), (*Quoniam servasti verbum patientium*

(1) Sic Holzauser, Tom. I, pág. 189, 193, 194, 204, Wuilleret.

(2) Holzauser (T. I, pág. 199-200, Wuilleret) aplica esta conversion, no á una porcion de judíos, sino á los herejes, y á los griegos cismaáticos.

(3) Holzauser ofrece los mismos medios de preservacion. (T. I, p. 202, 203, Wuilleret).

(1) Conciliaba muy bien este testimonio de amor con las botas del Cordero, de los cuales habíamos más adelante, J. C. habló á su Iglesia como á una esposa querida.

(2) La verdad obligará al error á desaparecer; por consiguiente, desaparecerán las herejías. Sic Holzauser, Tom. I, pág. 189, Wuilleret.

mox, et ego serabo ab hora tentationis, qua ventura est in orbem universum, tentare habitantes in terra, v. 10). Y, finalmente, promete al que venciere, hacerle fuerte como una columna en el templo de su Dios, y que permanecerá siempre en este templo, esto es, en el bien, de modo, que no salga más de él; que escribirá en su frente el nombre de la celestial Jerusalem, de cuyo recinto no saldrá mientras Dios será Dios (Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius; et scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei mei, novae Jerusalem, qua descendit de celo, et nomen meum novum (1), v. 12) ().*

(1) Sic Holzauer, t. I, pág. 186, Wullerel.

(*) Extracto de Sor Natividad: — T. IV, pág. 401. «Después que Dios habrá dado satisfacción á su justicia, derramará sobre su Iglesia gracias abundantes; dilatará la fe, reanimará la disciplina eclesiástica en todas las regiones en donde se había relajado...

«Veo que todos los pobres pueblos, cansados de los acerbos trabajos y duras pruebas que Dios les ha enviado, se regocijan, y dicen: Señor, Vos habeis infundido en nuestros corazones el gozo y la robustez de la juventud, ya nuestros cuerpos han dejado de sentir los trabajos, las fatigas y persecuciones (1). La Iglesia adquirirá, por su fe y su piedad, más fervor y gloria que nunca (2). Muchos motivos de consuelo ensancharán el pecho de esta tierra Madre, y hasta los mismos perseguidores vendrán á postrarse á sus pies, á reconocerla, á pedir perdón á Dios de todos sus delitos y ultrajes cometidos contra Él y su santa Esposa. Esta santa Madre recibirá en su seno á todos los arrepentidos, no los considerará como enemigos, sino que los contará en el número de sus hijos.»

(1) Así, pues, trabajos, fallas, persecuciones, tal es el patrimonio de los verdaderos hijos de la Iglesia hasta el momento del triunfo. Esto es lo que nos proponemos probar en nuestros *Conjeturas*.

(2) Esto se armoniza con el carácter de la sexta Iglesia, á la cual ninguna represión dirige el Señor, antes bien, la elogia diciéndole en el Apocalypsi, cap. III, v. 9: «Et sciet qui ego dixi te.»

IX. La apertura del sexto sello nos había mostrado un gran cataclismo, convirtiendo ó exterminando á los impíos. La continuación de este sello, que traza la historia pública de una parte de la sexta edad, va á demostrarlos, no solo los efectos de la bondad divina, si que tambien el celo ardiente y á todas luces apostólico, que caracteriza á los fieles, y, sobre todo, al sacerdocio, durante la Iglesia de Filadelfia; y la concordancia íntima que hay entre la Iglesia y el sello en este periodo de la sexta edad.

En el capítulo VII de san Juan, se habla de cuatro Angeles apostados en los cuatro ángulos de la tierra, encadenando á los vientos que la hubiesen azotado, y conteniendo su ímpetu, á fin de que no soplarán ni en la tierra, ni en el mar, ni en los árboles, que representan al clero (1). Otro Angel, que tiene la marca ó sello del Dios vivo, sube del Oriente, y grita á los cuatro Angeles encargados de hacer daño á la tierra y al mar, que no lo hagan hasta tanto que ponga la señal en la frente á los siervos de Dios (Post hæc vidit quatuor Angelos, stantes super quatuor angulos terræ, tenentes quatuor ventos terræ, ne flarent super terram, neque super mare, neque in ullam arborem, Apoc. VII, 4. Et vidit alterum Angelum ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei vivi, et clamavit quatuor Angelis quibus datum est nocere terræ et mari, v. 2, dicens: Nolite nocere terræ et mari, neque arboribus, quoadusque signemur servos Dei nostri in frontibus eorum, v. 3).

Los siervos de Dios señalados (signati) por mano del Angel, ascienden, desde luego, á la cifra de ciento cuarenta y cuatro mil, correspondiendo doce mil á cada una de las tribus de Israel; con la particularidad, empero, de no incluirse en ellas á la tribu de Dan; exclusion que puede proceder de haberse ésta completamente extinguido por ser la ménos numerosa, conforme lo acredita la escasa dimension de territorio que ocupaba; y con la circunstancia, además, de que la tribu de José cuenta por dos tribus, que toman el nombre, la una de Efraim

(1) Holzauer (Tom. I, pág. 301, Wullerel), en estos cuatro Angeles á los cuatro emperadores romanos Galerio, Máximo, Maximino y Licinio. Es la consecuencia natural de su opinion acerca de los sellos, y particularmente acerca del sexto.

y la otra de Manasés, quedando por este medio restablecido el número de las doce tribus. Apoc. VII, 4 á 8.

Estos ciento cuarenta y cuatro mil hombres, los primeros señalados, son, á nuestro parecer, los Judios, cuya conversion prometió el Señor á la iglesia de Filadelfia, cuando le dijo, cap. III, v. 9: *Ecce dabo de Synagoga Satanae, qui dicunt se esse Judæos, et non sunt, sed mentiuntur (1)*, pues los verdaderos hijos de Juda son los cristianos católicos.

Á los servidores señalados, se añade después una grande muchedumbre de personas de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que abrazan la fe de Jesucristo (Post hæc vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis (2), Apoc. VII, 9. Propter hoc in doctrinis glorificate Dominum: in insultis maris nomen Domini Dei Israel (3), ISALAE, XXIV, 15).

Esos nuevos cristianos, revestidos por el bautismo y por su fervor del blanco ropaje de la santidad, están en pie ante el trono, en presencia del Cordero, que habian desconocido hasta entónces, empujando la palma de la victoria, que han alcanzado sobre el vicio y el error; y en los transportes de la más viva gratitud hacia el Dios, que se ha dignado hacerles conocer la verdad, exclaman á grandes voces: La salvación á nuestro Dios, que está sentado en el solio, y al Cordero! (Stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amici stolis albis, et palmæ in manibus eorum, et clamabant voce magna, dicens: Salus Deo nostro, qui sedet super thronum et Agno (4),

(1) Holzauer (t. I, pág. 806, Wullerel), en los ciento cuarenta y cuatro mil hombres marcados, ve á los que se convirtieron por el martirio de los cristianos.

(2) Después de esto vi á una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas.

(3) Por tanto, glorificad al Señor con la ilustración de la doctrina, *annunciad* el nombre del Dios de Israel en las islas del mar.

(4) Holzauer (t. I, pág. 305 Wullerel), aplica estos textos á persecucion de Diocleciano. Confesamos de arbitraria ó inverosímil esta aplicación, que hace sin fundados motivos.

Apoc. VII, 9, et 10.) (*).

X. Con una recrudescencia del mal habia empezado la sexta trompeta, y veremos, que acabará de un modo igualmente funesto. Mas, así como la santa Iglesia de Filadelfia se halla entre dos Iglesias, á cual más aciaga, á saber, la de Sardis y la de Laodicea; así tambien, las dos partes malas de la sexta trompeta están separadas por un interés bueno; pues, la influencia del mal, durante la sexta Iglesia, queda anadonada por los benéficos efectos del poder divino.

En el capítulo X del Apocalypsi, aparece otro Angel valeroso, que baja del cielo revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco-iris; su cara brilla como el sol, y sus pies parecen columnas de fuego. Ese valeroso Angel tiene en su mano un libro abierto; y poniendo uno de sus pies en la tierra, y el otro en el mar, con voz atro-

(*) A consecuencia de este triunfo, la Iglesia reina con Jesucristo en la tierra.

En el tom. I, págs. 295 á 301, Nuestro Señor muestra á Sor Natividad el Cristiano apóstata y el infiel, y le hace ver la facilidad con que este último se ha convertido, dándole con esto á conocer, la propagacion de la fe entre aquellos pueblos tan numerosos.

En el t. I, pág. 301, dice Sor Natividad: «Serán abolidos todos los falsos cultos, serán destruidos todos los abusos de la revolucion, y los altares del Dios verdadero se levantarán de nuevo. Pondránsese en vigor las antiguas costumbres, y la religion florecerá como en ninguna otra época.»

En el t. IV, pág. 401, añade: «Veo en Dios que la Iglesia se difundirá por muchos reinos, y aun en ciertos países, de los cuales hace muchos siglos que desapareció.»

(1) Producirá frutos abundantes, como para indemnizarse de los ultrajes, que habrá sufrido por la tiranía de la impiedad, y por las persecuciones de sus enemigos.»

(1) Estos países creemos que son la Inglaterra, la Escocia, la Escandinavia, la Rusia, la Grecia, muchas comarcas de Alemania, la Siria, y el Asia Menor.

nadora grita: que ya no habrá más tiempo, sino que cuando se oyere la voz del séptimo Ángel, será consumado el misterio de Dios (*Et vidit alium Angelum fortem descendentem de caelo, amictum nube, et iris in capite ejus; et facies ejus erat ut sol, et pedes ejus tanquam columbae ignis. Et habebat in manu sua libellum apertum; et posuit pedem suum dextrum super mare, sinistrum autem super terram: Et clamavit voce magna, quomodo cum leo rugit. Levavi manum tuam ad caelum, et juravi ut videntium in saecula saeculorum, qui creavit caelum et ea quae in eis sunt; et terram, et ea quae in ea sunt, et mare, et ea quae in eo sunt: Quia tempus non erit amplius. Sed in diebus vocis septimi Angeli, cum coepit tuba canere, commovibiliter mysterium Dei, sicut evangelizavit per seruos suos prophetas, Aroc. X, 1, 2, 3, 5, 6 et 7).*

Este Ángel, que con tanto aparato anuncia el fin cercano del tiempo, nos parece ser el Pontífice santo (1), que será el papa y el consejero del gran Monarca. Eso libro abierto, y por consiguiente público, y a todos los hombres dirigido, según nuestro modo de ver, es la colección de las decisiones de un importantísimo Concilio, que ha de celebrarse por el gran Papa, y cuyo cumplimiento secundará el poderoso Monarca.

El personaje á quien se invita á tomar dicho libro, no es otro, que ese mismo Monarca, que hará sea ejecutado en todo el orbe. Este libro endulza la boca, y deleita el paladar, porque en él se encierran las reglas y las vías de la santidad, que es grata y dulce aun en medio de los sufrimientos; pero llena de amargura el vientre, y el estómago lo digiere con dificultad, porque á duras penas ban de observarlo los cismáticos, los herejes, é infieles. Con todo, insinuando las indicaciones del santo Pontífice, el gran Monarca obligará á todos los pueblos á sujetarse á sus prescripciones, porque escrito está: «Es necesario que de

(1) Holzerer (t. I, pág. 440 Walleret) opina, que este Ángel es, no el Pontífice Santo, sino el gran Monarca, y conviene en que el libro abierto indica un gran Concilio. En este caso, debe ver en esta edad al Pontífice, pues á él pertenece convocar y confirmar el Concilio. El Monarca poderoso lo recibe solo para hacerlo ejecutar.

nuevo profetices á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes (*Et audivi vocem de caelo iterum loquentem mecum, et dicens: Vade et accipe librum apertum de manu Angeli stantis super mare, et super terram. Et abis ad Angelum, dicens ei, ut daret mihi librum. Et dixit mihi: Accipe librum, et devorá illum, ei faciet amaricari ventrem tuum, sed in ore tuo erit dulce tanquam mel. Et accipi librum de manu Angeli; et devoravi illum, et erat in ore meo tanquam mel dulce, et cum devorassem eum, amaricatus est venter meus, et dixit mihi: Opportet te iterum prophetare gentibus, et populis et linguis et regibus multis, Aroc. X, 8, 9, 10, 11.) (1).*

XI. San Juan, en el versículo 7 del capítulo XIX, anuncia, que van á celebrarse las bodas del Cordero; y en el versículo 9 llama dichosos á los que á ella seran convidados (*Gaudeamus, et exultemus, et comedamus gloriam ei: quia venerunt nuptias Agni, et uxor ejus preparavit se. Et dixit mihi: Scribe: Beati qui ad cenam nuptiarum Agni vocati sunt; et dixit mihi: Haec verba Dei vera sunt, Aroc. XIX, 7, 9.) (2).*

Por medio del banquete de las bodas, que se celebrará despues de la gran victoria que alcanzará Jesucristo, por medio de sus representantes, el Pontífice santo, y el Monarca poderoso, durante la sexta edad; banquete, que es una figura del banquete de las bodas eternas, que despues del juicio final ha de verificarse en el cielo; el divino Maestro se propuso representarnos la iglesia de Filadelfia, y la conversion general de que se habla en San Mateo, XXII, 8 á 13; y en San Lucas, XIV, 6 á 24.

El padre de familia, que celebra la boda de su hijo, es Dios Padre. Como no se cele-

(1) (Tom. I, pág. 368.) Yo veo en Dios á una numerosa asamblea de ministros de la Iglesia, que le sostendrá los derechos de la Iglesia y de su Jefe, y que restablecerá su antigua disciplina. Y veo particularmente á dos ministros del Señor, que se distinguirán en este glorioso combate.

(2) Gozaremos y saltemos de júbilo y de alegría la gloria: pues son legítimas las bodas del Cordero, y su esposa se ha puesto de gala, y dijome el Ángel: Escribe: Dichosos los que son convidados á la cena de las bodas del Cordero; y añadíome: Estas palabras de Dios son verdaderas.

bran bodas, ni se dan banquetes sin convidados, envía sus criados á llamar á los que ha invitado; mas éstos rehusan asistir. Segunda vez despacha nuevos criados, esperando, que no tendrán valor para despreciar de nuevo la honra, que les dispensa; los criados, para apremiar y cerrar la puerta á las excusas y dilaciones de los convidados, les dicen, que no difieran ni pierdan tiempo, puesto que todo está dispuesto. Mas ellos, fastidiados de semejante insistencia, bien natural por cierto en aquella circunstancia, declinan la invitacion; y desentendiéndose de todas las consideraciones, que al padre de familia son debidas, le dejan desairado, marchándose, los unos, so pretexto de atender á sus haciendas, los otros, por asuntos de comercio, y los más discolos, se apoderan de los criados, los maltratan, y los asesinan. Justamente enojado, el Señor, manda á sus familiares, que salgan á las plazas y calles de la ciudad, y hagan venir al convite á cuantos pobres, y hisiadados, y ciegos, y cojos hallaren. Cumpliese el mandato; empero, como sobraba todavía lugar, y no estuviese completo aun el número de las plazas, dispone Dios, que sus ministros salgan de nuevo á enseñar, á predicar al universo entero; y que no se contenten con enseñar á los hombres de las ciudades y de sus arrabales, esto es, á las naciones civilizadas, sino que penetren en los desiertos, en las playas inhospitalarias, en las tribus bárbaras, representadas por los caminos, sendas y veredas; y ordena, que en el caso de no querer entrar voluntariamente, se les obligue á entrar por fuerza, para que se llene la sala del festin (*Exi in vias, et sepe, et compelle intrare, ut impleatur domus mea, San Luc. XIV, 23.*)

Esta última predicacion, y este llamamiento á la salud eterna, difiere de los anteriores, en que se ejerce cierta coaccion sobre su espíritu (*compelle intrare*); y este procedimiento coincide con la conducta del gran Monarca, cuyo cetro de hierro ha de dirigir las naciones, (*qui rectorus erat omnem gentes in virga ferrea, cap. XII, 5*), y obligarles á aceptar las prescripciones del Concilio, declarando la guerra á las que se resistian, y forzandolos á ingresar en el aprisco de Jesucristo.

Por lo que alfin á ese desgraciado, el Único que, entre los convidados, que toman parte en el banquete del Cordero, no

va con vestido de boda, creemos que es el Anticristo, que vivirá en aquella sazón, que será cristiano y católico, toda vez que figurará en la sala del banquete, pero que será entregado al demonio.

El gran Monarca emplea los medios coercitivos para obligar á los pueblos á que vuelvan á Dios; por eso San Juan, en su capítulo XIV, nos lo representa como cosechando la tierra.

XII. A la sexta edad, corresponde la sexta alabanza, la gloria (*gloriam*, Aroc. V, 12); y, en efecto, el mundo entero la tributa al Cordero, le reconoce, le adora, le sirve, y le ama (3).

(*) Extracto de Sor Natividad, relativo á la dextraco de la sexta Iglesia: En el t. I, p. 308: «Dicho ¡ay, Señor! cuando vendrá ese dichoso tiempo... y cuanto durará? (1) Esto es, sin duda, un secreto, que no comunicas á nadie. Yo solo veo, que cuando se acerque el último advenimiento de N. S. Jesucristo, habrá un mal sacerdote, que ha de traer sobre la Iglesia muchísima aflicción.» (2).

Tomo IV, p. 404: «Durante algun tiempo, que parece algo largo, la Iglesia disfrutará de una profunda paz. En el intervalo de las revoluciones, la tregua (3) se prolongará más esta vez, que de aqui al juicio universal. A medida que nos acercemos al juicio final, las revoluciones contra la Iglesia seran más cortas; y la paz, que despues de ellas se disfrute, será igualmente ménos duradera.

«Se restablecerá la Iglesia... pero le quedará siempre algun motivo de temor, á causa de muchas guerras que habrá entre varios reyes y príncipes... Las treguas de esas guerras seran cortas, y habra mucha agitacion en las leyes civiles» (4).

(1-3) Esta palabra tregua indica que el tiempo será corto, comparado con las otras edades de la Iglesia.

(2) Este mal sacerdote, sería tal vez el Antipapa de quien hemos hablado?

(3) La revolucion, en su caída, arrastrará consigo los ochenta mil leyes, que hiciera para perpetuarse en Francia. Será necesario hacer otras, que reemplacen á aquellas. Por lo tocante á guerras, no serán pocas las que emprenderá el gran Monarca, para someter el mundo á Jesucristo.